

EL ESPÍRITU LIBERAL Y EL OCASO DE LA
EQUIPARACIÓN DE LA MUJER
EN *LAS MÁSCARAS DEL HÉROE*

Emilio Ramón García
Universidad de Alicante

Los historiadores no se han tomado el trabajo de colocar los matices bien escogidos en la paleta, para huir de la rutina y de la vulgaridad. Han hecho reproducciones fotográficas de un cromó mal pintado: Defecto de que adolece toda la Historia de España.

Colombine

Las máscaras del héroe describe la sociedad española desde los meses previos al advenimiento de la Segunda República hasta los primeros momentos de la guerra civil. Juan Manuel de Prada muestra una España dividida y rota por la pobreza física de unos y la pobreza moral de otros. Pobreza que condiciona a una serie de mujeres que, lejos de ejemplificar el ambiente de amenaza roja, prostitución moral y pérdida de la esencia de España criticado por la historiografía franquista, simplemente busca sobrevivir, o vivir con dignidad. El entramado literario de la obra presenta a numerosos personajes reales entre los que, del lado femenino, destaca Colombine, espíritu vivo de la época tanto para aquellas mujeres que deseaban su equiparación con el hombre, como para esas pobres desconocidas que sufren algún tipo de dependencia. Condenadas muchas de ellas a moverse en unas condiciones míseras y a expensas de las enfermedades, algunas, como Teresa, se ven obligadas a prostituirse para sacar a su familia adelante. Lo patético de sus figuras refleja una situación política y social que se estaba marchitando y que acabaría por desaparecer, como Colombine, “una tarde sin sol, oprimida de refajos y collares, como una alegoría de esa República que ella misma preconizaba,

seguida de un cortejo de ganapanes que transportaban sus pertenencias” (*Las máscaras...* 109), personificando así la historia del país y el pulso de la nación.

Las máscaras del héroe presenta un inmenso collage de documentos y ficciones del Madrid del primer tercio del siglo pasado, con sus escritores bohemios y sus aprendices de políticos, con mujeres que lideran y futuros cineastas, con unos personajes reales y otros ficticios, unos heroicos y otros esperpénticos, en donde historia y ficción se dan la mano. Un período histórico complejo y complicado que sirvió de acicate al florecimiento de los fascismos y al endurecimiento de los anarquismos en España, y cuya consecuencia final, la Guerra Civil, estalló con el pretexto de acabar con la amenaza roja, con la creciente inestabilidad política y social que achacaban a la pérdida de la esencia de España, y con la relajación de la moral, que llevó a algunos a decir que Madrid era la Sodomía bíblica. Se trata de un complejo intertextual que, lejos de tener un narrador omnisciente y con ilusión de objetividad, nos viene dado por medio de la biografía novelada a modo de memorias de Fernando Navales, narrador que, conforme avanza el relato, se desacredita cada vez más y que habla de Colombine y de las demás mujeres en la novela con desprecio. De la escritora, sin duda la mujer más famosa de cuantas aparecen en la novela, resalta su sobrepeso, y comenta que los hombres, aprovechando sus ideas republicanas, tienen relaciones sexuales con ella para después olvidarla. La describe como una mujer inteligente, independiente y acogedora de intelectuales en sus tertulias que, sin embargo, espera casar a su hija de manera tradicional y no duda en verse envuelta en una pelea con una cabañera en la fiesta del aristócrata de Hoyos. Cuando Ramón Gómez de la Serna rompió con ella, según Navales, ésta “ya casi no escribía, y se dedicaba a dar conferencias en ateneos culturales más o menos prohibidos por las ordenanzas del Dictador, en las que profetizaba el advenimiento de la República, con una oratoria de charcutería” (*Las máscaras...* 378).

Navales da cuenta de cómo eran las tertulias en casa de Colombine a las que, en la novela, asistía gente de la talla de Pío Baroja, Valle-Inclán o Rafael Cansinos, a quien no tragaba, y del que se burlaba por su extraño noviazgo con Ketty de Burgos, hermana de Colombine (*Las máscaras...* 51). Al mezclar a personajes de la generación del 98 con gente como Cansinos que sí que asistían en realidad Prada reúne en un mismo hecho varias circunstancias históricas reflejos de una época, pues Colombine estaba emparentada ideológicamente con los hombres del 98 (Núñez 101). Pese al desprecio que profesa Navales por la escritora y activista, a ella le debe el haber entrado en contacto con gente de las artes y la política desde bien pequeño, lo que a la larga le ayudaría, y no poco, a medrar en la vida. Como a muchas otras mujeres de esta época, mucho se les debe y poco se les aprecia. Colombine, nombre de pluma de Carmen de Burgos (1867-1932), ejemplifica, como se apuntaba anteriormente, el modelo a seguir para muchas mujeres que buscaban su equiparación con el hombre o, al menos, un poco más de

respeto hacia sus cualidades personales y profesionales. Fue una de las pocas mujeres con carrera a principios del siglo XX en España. Se había arriesgado a enfrentarse al escándalo de quebrantar la legalidad vigente y, tras abandonar el domicilio conyugal, marido y matrimonio en su provincia natal andaluza, se marchó a Madrid en 1901, con su hermana y su hija todavía pequeña, a estudiar para ser maestra y a cultivar la literatura. Tiempo después, cuando ya era la famosa Colombine, explicaría así su determinación:

Me crié en un lindo valle andaluz, oculto en las estribaciones de la cordillera de Sierra Nevada, a la orilla del mar, frente a la costa africana. En esta tierra mora, en mi inolvidable Rodalquilar, se formó mi espíritu libremente y se desarrolló mi cuerpo. Nadie me habló de Dios ni de leyes, y yo me hice mis leyes sin Dios. Allí sentí la adoración al panteísmo, el ansia ruda de los afectos nobles, la repugnancia a la mentira y los convencionalismos. (*Breve Historia* 149)

Personificando el espíritu liberal de la República, Colombine acabaría enseñando en una escuela para mujeres tras conseguir la plaza por oposición. En el periódico de su suegro había aprendido las labores de tipógrafa y de copista, lo cual le valdría después para ser una de las primeras mujeres en ser contratadas como periodistas.

No buscaba disfrazar su identidad al usar Colombine como nombre de pluma, sino que pretendía, por sus iconos femeninos implícitos, atraer a un mayor número de mujeres hacia ella. Su labor como periodista y autora en Madrid le permitió escribir novelas, pequeñas historias, traducciones, ensayos, biografías, entrevistas, libros de viaje y manuales de autoayuda para mujeres bajo ese pseudónimo. Logró hacerse un hueco en el mundo literario masculino de la época gracias a su compañero por mucho tiempo, Ramón Gómez de la Serna, al que a su vez ella ayudaba, pues constantemente escribían positivas reseñas el uno del otro. De ella diría Gómez de la Serna que era liberal, romántica, comprometida con su pluma y su vida cuantas veces fuese menester por tomar una actitud generosa y rebelde, tan rebelde y tan generosa a veces, que aparentemente parecía ir contra la rebeldía. Mujer emprendedora en un mundo que aún no estaba del todo preparado para ciertas ideas liberales y de equiparación de la mujer fue vista por unos con recelo, por otros con burla y hubo quienes, como el propio Gómez de la Serna, la veían a mitad de camino entre una mujer liberal y la típica imagen del ángel del hogar. De la escritura de Colombine comentaría éste en su revista literaria que “interviene la madre, la amante, la hermana, la hija y la oficianta” (3), y del salón donde trabajaba “como una extensión de su regazo y él ampara y acoge con un afecto más allá del bien y del mal, de las juntas de señoras, de los patronatos y del cariño que simboliza la matrona de bronce de la Equitativa” (3). Sus apreciaciones no dejan de resultar irónicas cuando en *Las máscaras* se hace continua alusión al cariño que Gómez de la Serna le tenía a una muñeca de tamaño real, muñeca que además existió y con la que el narrador Navales llegó a practicar

el coito. Habida cuenta de la inadaptación social que el personaje de Gómez de la Serna demuestra en la novela, sus apreciaciones sobre Colombine, pese al cariño que le tiene, quedan casi tan desacreditadas como las de Navales.

No todas las percepciones que sobre ella se tienen en la novela son negativas o descafeinadas. El escritor Rafael Cansinos, personaje que queda algo mejor parado en la obra, la describe como una mujer experta en hacer muchas tareas al mismo tiempo, intercalando las actividades domésticas con las de traducción al tiempo que le dicta simultáneamente a su secretaria una entrevista que ha de salir en la edición vespertina del periódico. Siguiendo en esta línea, recientes estudios como los de Starcevic, los de Martínez Garrido o los de Ugarte la definen como una “defensora de la mujer”, una “escritora comprometida” y “a feminist *avant la lettre*”, y el de Núñez Rey la define como pionera de la defensa de la igualdad de la mujer, erudita, polígrafa y de absoluta vigencia hoy. Como periodista estuvo en contacto con dos escritoras feministas de una generación anterior, doña Emilia Pardo Bazán y Concepción Gimeno de Flaquer. Las tres residían en Madrid y vivían de los ingresos que le reportaban sus escritos. Burgos y Pardo Bazán se convirtieron en los “primeros socios femeninos” del Ateneo de Madrid, el centro literario, científico y cultural de Madrid. Ambas formaron parte también de un jurado para seleccionar candidatas a maestras, algo que hasta el momento sólo habían hecho hombres.

Estas apreciaciones sobre Colombine por parte del narrador y de varios personajes se hacen eco de la situación de la causa feminista en España a principios del siglo XX, la cual no estaba muy bien vista. La España que describe adolece de unos bajos niveles de educación, especialmente por parte de las mujeres, tal y como apuntaba la profesora de primaria Concepción Saiz en 1902:

¡Hablar de feminismo en España, donde todavía no saben leer ni escribir tres millones y medio de hombres y dos millones y medio de mujeres! ¡Feminismo aquí, donde la instrucción y la educación se hallan en mantillas y apenas presentida su compenetración! (249-50)

Carmen de Burgos, luchadora incansable, era algo más positiva, pues escribe en “Femeninas” que “la mayoría de las españolas, especialmente las de la clase media, son hoy ilustradas y de conciencia libre que si no se manifiesta con más energía es por falta de medios para desenvolverse” (1). Ella misma luchó por que la asociación internacional de feministas celebrase un congreso en España, si bien aquellas declinaron por pensar que España aún estaba verde para eso. El problema principal, sin embargo, es que a muchas mujeres les faltaban incluso los medios para subsistir, como más adelante veremos. En su afán por mejorar la situación de las mujeres, Burgos hacía encuestas en el periódico acerca de temas delicados como el divorcio y el voto femenino. En 1903 anunció la creación de un club de parejas casadas infelices para promover una ley de divorcio. En sus novelas, el tema del matrimonio se centra en la consumación matrimonial,

algo que sus contemporáneos apenas si mencionan de pasada, y tiende a enfocarse en la parte de obligación y de opresión que esto suponía para muchas mujeres. Este tema sale repetidas veces en *Las máscaras*, pues más de una de las mujeres, como Teresa o las múltiples candidatas al teórico puesto en el negocio de Caballero, se ven forzadas a actividades sexuales que no eran de su agrado. En 1906 promovió otra encuesta en el periódico para ver si el sufragio femenino era apoyado por una mayoría o no. Un mes más tarde, con 4562 respuestas, se encontró con que 3640 se oponían a que las mujeres tuvieran el derecho a votar, por lo que observó con tristeza en su artículo “Voto” que en España “es aún mayor el peso de los atavismos que la fuerza del progreso” (2), una sociedad que todavía temía, apunta la novela, que “se le volasen las boinas” (90). Lejos de la imagen de una mujer acabada que presenta Navales, Colombine siguió contribuyendo desde diversos medios para lograr las tan necesitadas reformas en el ámbito de la equiparación de la mujer con el hombre. Durante sus últimos años, Burgos se unió al partido socialista radical y a la orden masónica junto con su hermana y su hija, llegando a ser gran maestre de la logia que ella misma fundó. A su muerte tras participar en una mesa redonda del Círculo Radical Socialista, según cuenta el periódico *El Sol*, pidió a los tres médicos que estaban con ella que repitieran con ella sus últimas palabras “¡Viva la república!” (Núñez 617). Como ya apunté, el narrador Navales hace en cambio más hincapié en la labor tertuliana y de escritora de novelas cortas de Colombine, pasando por alto su labor activista. Resulta curioso, no obstante, que el estilo de Carmen de Burgos, abundante en narraciones escatológicas y pornográficas, sea bastante similar al estilo del narrador. Al ser la única mujer de la que se habla como ser individual, no por ser amante o novia de ningún hombre, (su noviazgo con Gómez de la Serna no la priva de su individualidad), se la puede considerar la representante de la voz colectiva de las mujeres que lucharon en pro de la República.

Navales, como buen aburguesado cuyo único interés es su propio beneficio, siente desprecio por estas ideas, pues las ve como un peligro para sus intereses. Por medio de él se percibe una imagen más que común acerca de las mujeres en aquella sociedad aún tradicional. Durante años estuvo intentando salir con la hija de Colombine, Sara en la novela, María en la realidad, y una vez que se hicieron novios, que la “cazó”, empezó a dejarla de lado. Detestaba de ella sus ideas republicanas, al igual que de su amiga Mercedes, novia de su amigo Ruano, puesto que ambas querían “una república con sufragio femenino, [...] osadía ideológica que tenía consecuencias sexuales: en el orgasmo les gustaba quedar encima, como el aceite” (234); algo que le repelía porque le hacía perder su papel de macho hegemónico. Tanto él como Ruano usaban a sus novias para “regenerarse”, pues las putas, un tipo de mujer que sale repetidamente en la narración, les estaban minando la salud y, sobre todo, el bolsillo, puesto que “las putas tuberculosas de Ruanito me llenaban el coche de bacilos de Koch, una flora bacteriana que no

había modo de exterminar, y me ponían la tapicería perdida de esputos” (219). Para ellos, la vida de estas mujeres vale menos que una tapicería de coche, por lo que les venía bien agenciarse a chicas con ideas republicanas, progresistas, como novias, para así poder desfogarse sexualmente sin problemas moralistas y sin el peligro tan obvio de contraer una enfermedad. Ellas no pasaban de ser meros objetos sexuales para su uso y disfrute, y como tales las representa:

Sara había perdido el respeto al himen, aquel parapeto último de una niñez abolida [...] conservaba sus facciones de ángel prerrafaelista, pero sus caderas se habían ensanchado para cobijar un pubis extenso, un culo que mis manos apenas podían abarcar. (219)

Navales es de esa “clase de hombres [...] para quienes el cortejo concluye con la adquisición de la pieza. Sara, en cierto modo, se había convertido en una pieza abatida, una especie de trofeo que ya sólo servía para enseñar a las visitas” (287). Está tan pagado de sí mismo que ni siquiera es capaz de querer a su propia novia, pues mientras

Sara dormía apaciguada de orgasmos, y yo quizá me estuviese enamorando de ella (eso) me contrariaba, pues el amor –esa manifestación de la costumbre– nos hace débiles y casi humanos. (260)

y la debilidad le podría dificultar su propósito de alcanzar fama y poder a toda costa.

Navales tiene en el personaje, y escritor real, Pedro Luís de Gálvez, su alter ego: su más odiado enemigo pese a que éste nunca le hizo mal alguno. Cronológicamente, Gálvez conoció primero a la que luego sería su mujer, Carmen, por medio de Navales, y será justamente ella la única mujer que se preste en la novela a hacer mal a cambio de dinero. Al contrario que Colombine, Sara o Mercedes, mujeres con unas ideas adquiridas por medio de la educación, Carmen proviene de la clase baja y su actitud se resume en sobrevivir a cualquier coste. Con Navales como intermediario, y pagada por el empresario Caballero, Carmen engatusa al escritor gracias a una truculenta historia en la que su novio anterior, un verdugo, había abusado de ella. Gálvez, personaje totalmente opuesto al narrador, se compadeció y la desposó para restaurar así su honor. Navales, quien al contarle se ríe con ganas de que cayera en la trampa, se encargaría también de arreglar los encuentros sexuales entre ésta y Caballero, como parte de “su carrera en pos del triunfo” (138). Años más tarde, cuando ya era *vox populi* que Carmen se amancebaba con medio Madrid, Gálvez tuvo que repudiarla para poder seguir con su vida.

Las mujeres de esta novela aparecen siempre relacionadas con Navales o con Gálvez, y siempre filtradas por el tamiz del punto de vista del primero. Al contrario que el narrador, Gálvez mantiene una actitud positiva hacia ellas, pese a que su vida está llena de infortunios. Teresa, con quien tuvo sus hijos después de haber pasado por la desastrosa experiencia con Carmen, presenta una actitud diferente

frente a la adversidad. Cuando los ingresos de Gálvez y las limosnas de sus amigos bohemios no eran suficientes, pues se les cerraban todas las puertas, Teresa no dudaría en vender su cuerpo para sacar a su familia adelante. Era una prostitución forzada por las circunstancias, y lejos de haber el menor ápice de degradación moral en su descripción, incluso el propio Navales lo presenta como fruto exclusivo de la necesidad. Navales, que siempre había deseado acostarse con ella para dañar aún más a Gálvez, finalmente lo consigue y se presta a ello pese a las miserables condiciones en que vivían y a que ella está enferma. Su falta de escrúpulos y de conciencia moral alguna le hizo disfrutar del encuentro pese a la fiebre de ella y a “los olores hediondos de sus hijos –mierda seca y vómitos recientes– (pues el hacerlo le) daba como resultado una mezcla gratamente sucia, suciamente grata (pese a todo, salió de su encuentro sexual diciendo:) Creo que envidié a Gálvez por poseer una familia” (402). Se trata meramente de una cuestión de posesión, como con todas las mujeres con las que se cruza. Llegado el momento, y después de ser salvado de morir fusilado por su odiado Gálvez, Navales se pasaría al bando nacionalista y se convertiría en uno de los defensores de la moral a ultranza, pese a su pasado exento de moral.

Como ya comenté, uno de los argumentos esgrimidos para defender el estallido de la guerra civil era que la liberalidad de las costumbres llegó a tal punto que a Madrid se la comparó con la Sodoma bíblica, en donde las drogas y la prostitución servían de escape a los que no se suicidaban “como una lluvia de estrellas que han perdido el último resplandor” (217). Sin embargo, lo que la propaganda fascista no mencionaba es que quienes más se dedicaban a las cuestiones de drogas y de sexo eran los pertenecientes a las clases conservadoras: la burguesía y la aristocracia. El empresario Narciso Caballero no sólo se acostaba con Carmen, la mujer de Gálvez, sino que constantemente anunciaba puestos de trabajo inexistentes para abusar metódicamente de las candidatas que se presentaban en su despacho. Antón del Olmet, director de un periódico, seguía los mismos pasos, pues tampoco tenía reparos en aprovecharse de la novia de Vidal y Planas, siguiendo con la tónica de degradación moral que recorre la novela. Los pertenecientes a la aristocracia, como el escritor Antonio de Hoyos y Vinent, tampoco se quedan atrás. A sus fiestas, en las que había sexo, opio y cocaína, acudía hasta el médico de cámara de la Reina. Por su homosexualidad y sus fiestas, la gente “decente” decía que Hoyos y su amante, “organizan bacanales y misas negras en las que devoran niños crudos” (159), pero la sexualidad para los que están en las clases altas, o los que están en círculos cercanos a ésta, no siguen de puertas adentro los preceptos morales que predicán. De hecho, Navales afirma que “la procreación, como la grafomanía, es una práctica plebeya reservada a los parias como Gálvez, que aman la dispersión; los hombres metódicos como yo mojamos poco la pluma, y nunca eyaculamos a chorro libre” (440), pues en contra de lo que dice la Iglesia, ellos sí usan condones y se van con quien quieren. Todo consistía en ponerse una máscara de

decencia, como expresa el autor Muñoz Seca en la novela, en mantener buenas relaciones con la Iglesia, como él, que lo primero que hizo al llegar a Madrid fue pedir “audiencia al secretario de la Nunciatura y expresarle mis respetos. Lo cual luego no quita para que uno haga de su capa un sayo” (147). Se trata, como de costumbre, de un baile de máscaras que acogen unas actitudes nada concordantes con las imágenes que proyectan. Para la clase tradicionalista, las mujeres han de ser amas de casa u objetos sexuales. Si por desgracia alguna mujer no aguantaba más y se suicida, se encontraría en la situación de Beatriz, que “voló por un segundo la ciudad, como un pájaro con alas remendadas, pero las leyes universales de la realidad y la coherencia narrativa terminaron imponiéndose, y se desplomó sobre la calle de Segovia, quedando allí, junto a la casa de mis tíos, espachurradita y mártir” (298). Imagen más que significativa de la falta de alas para volar como los hombres en aquella España.

Las mujeres se encontraban en su mayoría desamparadas en medio de las dos Españas en conflicto, en una sociedad en que las reformas no llegaban a tiempo, y las insurgencias se agravaban, en donde la inseguridad campeaba por las calles y ambos bandos empezaban a asesinar y a recriminarse mutuamente. Los aires de modernidad que en ocasiones propugnaban algunos dirigentes, como Canalejas, quien había confinado a los obispos a su diócesis, eran mal recibidos por la gente “temerosa de que se le volasen las boinas con la corriente” (90), y en especial por las más católicas, que eran “más papistas que el Papa” (90). Estos intentos de que la modernidad entrase en el país no tenían sino desenlaces sangrientos, como el asesinato del propio Canalejas. La Segunda República acabaría por marcharse, como Colombine en la novela, “una tarde sin sol, oprimida de refajos y collares, como una alegoría de esa República que ella misma preconizaba, seguida de un cortejo de ganapanes que transportaban sus pertenencias” (109). La historia de Colombine y de las mujeres aquí presentadas coincide y se mezcla con la historia del país, intercalando sus propias vivencias con las del pulso de la nación.

Las máscaras del héroe da cuenta de esos fantasmas desahuciados de la historia por medio de un sarcasmo y una ironía que rompe con toda la grandilocuencia de los mitos literarios y políticos, dejando al lector con una risa amarga al contemplar la fragilidad humana de sus figuras. Entre las aspiraciones de los personajes principales y sus medios, entre sus ansias de gloria y su escasez de talento, media un abismo “y eso los convierte en criaturas patéticas. Criaturas que en cierto modo nos emocionan y al mismo tiempo nos resultan risibles. Y de esa mezcla de emoción, de piedad y de hilaridad surgen estas semblanzas, que tienen un tono como de parodia de la tragedia” (Castillo 2). Por esta razón retoma *Las máscaras* ese, primero ilusionado y después turbulento, momento de la historia española que daría lugar a la guerra civil y, posteriormente, al franquismo. Proporciona una visión subjetiva de la Historia recorriendo las calles de Madrid, desmenuzando los mecanismos que había detrás de cada actitud, desde la de los

bohemitos a la de los políticos pasando por la de las sufragistas, los directores de cine, los críticos teatrales y las mujeres que simplemente intentaban sobrevivir. La España que presenta, dividida y rota por la pobreza física de unos y la pobreza moral de otros, poco tiene que ver con el “pueblo ya casi amortajado con trapos rojos moscovitas” de que hablara Franco, y sí con un pueblo asfixiado por su mísera situación que, al igual que Teresa, Sara, Carmen, Mercedes y un largo etcétera de mujeres sin nombre, se ven forzadas a medidas extremas para sobrevivir. Junto a ellas, una mujer como Colombine que lucha contra viento y marea por cambiar las cosas y que, o bien no es tomada en serio, o es vilipendiada por ello, o si se la toma en serio, como ocurrió en realidad, se la incluye en la lista de autores prohibidos en el franquismo (Núñez 625). *Las máscaras del héroe* lleva a cabo por tanto una labor “desinfectante, casi un deber moral [...] de llevarle la puñeta [...] al Sistema” (Esquiroleando), reivindicando las voces de aquellas personas de la República en general, y de las mujeres en particular, que, como él dice, tan alto valor cívico tenían y tan pocas oportunidades de llevarlos a cabo tuvieron, con un “humor más o menos pendenciero o terrorista (al que se le suma cierta) irreverencia sentimental” (*Animales de compañía* 14), huyendo del falso objetivismo, recuperando, entre otras cosas, la falta de voz de las mujeres “como una especie de vocación guerrillera que me impulsa a empuñar el bisturí y a clavarlo allá donde la sangre se hace más acuciante y tumultuosa” (14) para recuperar así lo oprimido, lo olvidado, lo no dicho y latente, como es el caso de Colombine, Sara, Teresa y el resto de mujeres que reflejan el espíritu de aquella época.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Fernández, Paloma. *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid: Alianza Editorial, 1996.
- Bieder, Maryellen. “Carmen de Burgos: Modern Spanish Woman”. *Recovering Spain's Feminist Tradition*. Ed. Lisa Vollendor. New York: MLA, 2001.
- Burgos, Carmen de. *El divorcio en España*. Madrid: Romero, 1904.
- . “Doña Emilia íntima”. *El heraldo de Madrid* 18 mayo 1921: 1.
- . “Femeninas: En defensa de las damas (feminismo en inglés)”. *El heraldo de Madrid* 19 diciembre 1906: 1.
- . *La malcasada*. Valencia: Sempere, 1923.
- . *La mujer en España*. Valencia: Sempere, 1924.
- . *Quiero vivir mi vida*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1931.
- . “El voto de las mujeres: Pidiendo opiniones”. *El heraldo de Madrid* 19 oct 1906: 1.
- Cansinos-Asséns, Rafael. *La novela de un literato: Hombres, ideas, efemérides, anécdotas*. Ed. Rafael M. Cansinos. Vol.1 (1882-1914). Madrid: Alianza 1982.

- Castañeda, Paloma. *Carmen de Burgos: Colombine*. Madrid: Horas y Horas, 1994.
- Certeau, Michel de. *The Writing of History*. Trans. Tom Conley. New York: Columbia UP, 1988.
- García Jambrina, Luis. "En torno a *Las máscaras del héroe* de Juan Manuel de Prada". *Ínsula* 605 (mayo 1997): 11-3.
- Gómez de la Serna, Ramón. "Colombine". *Prometeo* julio 1909: 1-3.
- González Fiol, E. "(Colombine)". *La esfera*. 1922. Reimpreso en *Puñal de claveles por Carmen de Burgos Colombine*. Ed. Miguel Naveros. Almería: Cajal, 1991. 109-16.
- Martínez Garrido, Elisa. "Amor y feminidad en las escritoras de principios de siglo". *Carmen de Burgos: Aproximación a la obra de una escritora comprometida*. Ed. Miguel Navarros y Ramón Navarrete-Galiano. Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1966. 13-38.
- Muñoz Molina, Antonio. "Biografías de nadie". *El País* 29 de enero 1997: 34. 1 abril 2003 <http://www.Elpais.es.Travesias/1997/01/29/2001.htm>
- Núñez Rey, Concepción. *Carmen de Burgos Colombine en la Edad de Plata de la literatura española*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2005.
- Prada, Juan Manuel de. "Esquiroleando". 1 abril 2003
<HTTP://WWW.AC.ES/OPINION/20J/PRADA.HTM>
- . *Animales de compañía*. Madrid: Sial/Trivium, 2000.
- . *Las máscaras del héroe*. Madrid: Valdemar, 1997.
- Rodríguez-Puertolas, Julio. *Literatura Fascista Española*. I, Madrid: Akal, 1986. 609 -20.
- Saiz y Otero, Concepción. "El feminismo en España". *La escuela moderna*. 13 (1897): 248-60, 321-34.
- Scanlon, Geraldine. *La polémica feminista en la España contemporánea: 1868-1974*. 2ª ed. Madrid: Akal, 1986.
- Ugarte, Michael. "Carmen de Burgos (Colombine): Feminist *Avant la Lettre*". *Spanish Women Writers and the Essay: Gender, Politics and the Self*. Ed. Kathleen M. Glenn y Mercedes Mazquiarán de Rodríguez. Columbia: U. of Missouri P., 1998. 55-74.